

LOS DOMINGOS

- P P -

LA NUEVA PRENSA

Don Manuel María Peralta



NUESTRO DIPLOMATICO EN EUROPA

HACE algunos días que habíamos recibido un ejemplar del alegato que don Manuel M. Peralta ha presentado al Arbitro que resolverá nuestra cuestión de límites con Colombia, y no habíamos cumplido el grato deber de dar las gracias, como lo hacemos ahora, por tan precioso regalo, á causa de nuestro involuntario silencio.

“El dibujo de la cuestión, la rebusca, encuentro y uso pertinente de los documentos históricos que la resuelven, la argumentación invencible con que los derechos de Costa Rica quedan de relieve, son los mayores timbres del libro delicioso, escrito todo él en el lenguaje conciso, pulcro y elegantísimo que es exigencia de su índole.

“Me parece haber quedado manifiesto, más que antes lo

estuvo, por la labor eximia de nuestro Ministro, que ni la Real Orden de San Lorenzo de 20 de noviembre de 1803 tuvo el carácter que las pretensiones de Colombia le atribuyen, ni estaba vigente al desahucarse España de sus dominios continentales en América; y como las consecuencias ilógicas que de esa Real Orden dedujeron forman la base de las pretensiones colombianas, el punto, á nuestro ver, puede tenerse por resuelto.” De tal modo se expresa el Doctor Zambrana.

Nosotros, que no pretendemos pasar por autoridades para juzgar el trabajo del señor Peralta, á fuer de patriotas, sí esperamos tranquilos el fallo del Arbitro.

EL CAPITAN ALFREDO DREYFUS Y LA JUSTICIA MILITAR



E. ZOLA

El militarismo y el clericalismo jesuita han vivido siempre en la amistad más completa. El uno cuida y protege al otro y viceversa.— El militarismo de génesis hipócrita y tirana, persigue, arruina y prostituye á quienes lo ejercen y á quienes lo soportan. El clericalismo súbdito de los discípulos de Loyola, de manera indirecta ó no, per-



Capitán Dreyfus

sigue, agota sus recursos y busca amparo en todo lo que humilla y tiraniza, basado en su eterno principio de que el fin corona la obra. El proceso del Capitán Alfredo Dreyfus debiera servir de libro de texto á los legisladores y á los “justicieros” para que se convencieran de lo que el gran ideal de justicia significa puesto en manos



Mr. Scheurer Kestner

de los poseedores del sable, prestos siempre á defender todas las causas y todas las tiranías. El instinto sangriento y salvaje de la tal profesión desacreditada de día en día y con razón, hace que se borren en esos cerebros alucinados de sangre

y de venganza, todos los instintos humanos y de justicia.

Alfredo Dreyfus ha tenido dos desgracias en su vida: ser judío y ser inteligente. De un lado tenía como enemigos los antisemitas, es decir, todo lo que se llama reacción y clericalismo. Ya sabemos que quienes militan con los “hombres negros,” consideran á los judíos como no formando parte de esta humanidad, á quien su patrón el judío Jesús de Nazareno había encargado tanto que la respetaran y amaran como á ellos mismos.

El jesuita E. Drumond, jefe del partido antisemita en Francia, no podía dejar de inmiscuirse en un asunto que como lo llevó á ser diputado puede llevarlo á ser Senador. Para él la justicia poco importa. Establecer una división de razas, reanimar los odios en las religiones hasta querer establecer las luchas religiosas pasadas, poco importa. Hallar una ocasión como la que se presentó cuando se supo que Dreyfus era traidor y judío, para aumentar el odio contra una raza, y hacer de una cuestión de justicia una cuestión de religión, esa fué la idea del *chauvin* jesuita que tanto calumnia á judíos, como á protestantes, como á todos los que no comulgan con sus bárbaras ideas y con el mezquino lema que lleva el frontispicio de su periódico: “La France aux français.” Según ese protector de Max Regis, un italiano de origen, defensor de las mismas ideas y cómplice de los asesinatos y robos habidos en un barrio judío de Algeria, la Francia debiera expulsar á todos los judíos afrancesados legítimamente por la ley; esa misma Francia que en mejores épocas fué la protectora de todos los oprimidos, y que ha luchado más que ningún otro pueblo por la libertad humana, abriendo sus puertas á todos los vencidos, debiera encerrarse entre murallas á manera de una China Occidental é inscribir en todos sus pórticos en vez de “Libertad, Igualdad y Fraternidad,” “Guerra á todo lo que no es francés.” Dichosamente ese persecutor y perseguido al mismo tiempo, alucinado por la idea de que la Francia sufre á causa de que algunos puestos públicos importantes están entre manos de judíos y protestantes, considera como verdaderos tipos de la Francia vieja, de aquella Francia tiránica y destructora de Napoleón el Corso, únicamente á aquellos que aún son capaces de gritar “vive le roi” ó á los *chauvins* que como un Milvaye ó un Derouledé, están reconquistando la Alsacia á fuerza de quebrar vasos en las cervecerías alemanas de los bulevares, provocando escándalos en las calles de París ó haciéndose engañar por el negro Nortown, quien les dió “gato por liebre,” vendiéndoles documentos falsos á propósito de una traición, como la de Dreyfus. Derouledé, diputado en esa



Conde Esterhazy

época, largo y ceñido en su clásica levita se presentó al Congreso con la arrogancia de un salvador de la patria. No bien hubo abierto la boca para leer su documento, cuando un espantoso clamor de vociferaciones las más variadas, silvidos, etc. se destacaron contra el ridículo y *downesco* diputado, quien tuvo que salir de la cámara á instancias de su Presidente y colegas.

Otros personajes no menos interesantes que los anteriores enemigos acérrimos de la revisión del cé-



General Mercier

lebre proceso, son un viejo miembro de la Comuna, Alfonso Humber, antiguo redactor de un periódico revolucionario “Le Père Duchêne,” hoy Director de “L’Eclair,” “porta-voz” de los militares cómplices en la condenación de Dreyfus. Ese fué el primer periódico que sustituyó públicamente la letra D que se hallaba en el *Bordereau*, (1) en la frase “Ce Canaille de D...” por la palabra Dreyfus. Ese documento fué como otros comunicado al periódico por un oficial del Estado Mayor francés. Mencionemos de nuevo el clásico Drumond y su periódico “La Libre Parole,” que fué durante algún tiempo el órgano del verdadero traidor—Esterhazy el tahir, falsificador é instrumento de un círculo que aún no puede nombrarse. “La Libre Parole” ha prestado gran apoyo á los enemigos de Dreyfus, entre los cuales figuran los judíos Arturo Mayer, director del “Gaulois,” Polonnais, redactor del periódico “Le Soir” y otros tantos *plumitifs* vendidos, peones de toda causa é insignificantes por ese hecho.

No poca ha sido la discusión ni pocos los duelos que en esa lucha

(1) Bordereau se llama el documento que constituye la base de la acusación de Dreyfus y que contiene los secretos de defensa que ese capitán habría vendido al extranjero.